

RUY BARBOSA, PROCER DE AMERICA (*)

Conmemoramos el centenario del natalicio de Ruy Barbosa. La Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas y el Instituto Argentino Brasileño de Cultura se han asociado para recordar esta fecha, no sólo por espíritu de confraternidad con la gran Nación Brasileña, sino por deber de gratitud hacia una mentalidad excelsa que en la memorable conferencia de La Haya afirmara, con elocuencia sin par y por primera vez en una asamblea de aquella índole, el principio de la igualdad jurídica de los Estados soberanos; conmemoramos a un héroe civil que supo elevarse sobre sus connacionales para defender en todo momento el imperio de la ley frente a los desmanes de la fuerza; conmemoramos a un esforzado campeón de las libertades cívicas y de la dignificación de la personalidad humana; a un defensor de los perseguidos y a la vez perseguido por defenderlos; conmemoramos a un egregio maestro, a un conductor de pueblos, a un iluminado apóstol; conmemoramos una vida austera puesta al servicio de la justicia y a un artífice de la palabra, puesta al servicio de la verdad; conmemoramos a un cultor de las ciencias jurídicas y sociales, al polemista arrojado, al luchador sin descanso que fué Ruy Barbosa, hijo del Brasil y prócer de América.

“La vida pública de Ruy Barbosa —ha dicho Enrique “Loudet— puede resumirse en la fórmula justiciera de Guanabara; una línea recta entre el derecho y la libertad. Nin-

(*) Conferencia pronunciada por el profesor, Dr. Alcides Greca, el 9 de noviembre de 1949 en la Sala Magna de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la Universidad Nacional del Litoral.

“guro le iguala en la historia de su patria en su culto fervoroso a las causas justas y liberales, ni ninguno presenta tantas conquistas en beneficio del país”.

Tarea ímproba, casi imposible. será dar en apretada síntesis una semblanza de Ruy Barbosa. Sus largos cincuenta años de vida pública son la historia misma del Brasil, desde aquellos sus días de la academia paulista, ello es, desde 1868 hasta el primer día de marzo de 1923, en que atraviesa los dinteles de la historia para vivir eternamente en el recuerdo y agradecimiento de sus conciudadanos.

Fué un sabio y fué un combatiente. En su gabinete, entre los libros, y en la calle, junto al pueblo, siempre estuvo al servicio de su patria y de sus ideales. Recibió y devolvió golpes. Pasó por todas las pruebas: la pobreza, el destierro, la negación y la calumnia, pero las pasó incólume, proyectando hacia la posteridad una vida limpia y una conciencia recta. Escogía siempre los caminos difíciles; sangraban sus pies sobre los guijarros, pero su frente erguida, iluminada, resplandecía al sol. Tenía espíritu mesiánico.

Ruy Barbosa es la más completa y compleja personalidad civil del Brasil. Sólo se le contrapone Rio Branco, por sus innegables servicios diplomáticos. Era un genio. Una mezcla admirable de demonio y de santo. Santo por la pureza de sus principios, por la austeridad de su vida, por su inflexible conducta; demonio por su agresividad ante el adversario, por su disconformismo, por su espíritu de opositor denodado. Periodista y gran jurisconsulto, improvisase en todos los menesteres del arte de la política y llega a ser en todos ellos eminente. Eminente como constitucionalista, eminente como financista, eminente como internacionalista, y, por sobre todo, eminente, insuperable, como orador. Fué uno de los más egregios oradores de su época, rival de Castelar en el juego de las imágenes, pero profundo y certero en los conceptos, como Macaulay. Tiene sus puntos de contacto con nuestro Sarmiento, por la multiplicidad de sus conocimientos y aptitudes, y no poco de Alberdi por su profunda versación jurídica.

“La vida intensa de Ruy Barbosa —dijo Estanislao Ze-
“ballos al presentarle en el Instituto Popular de Conferen-
“cias— puede expresarse exactamente en dos palabras: excel-
“sa mentalidad. Analizada, revela al erudito, al orador, al es-
“critor, al jurista, al político, y en todos los campos, a un po-
“lígrafo sorprendente, que une a la profundidad del concepto
“las seducciones del arte. En sus escritos, en sus discursos, en
“sus conversaciones, Ruy Barbosa descuella por la variedad y
“extensión asombrosa de sus lecturas; todo lo sabe y todo lo
“dice de manera inagotable y con imágenes inesperadas; y co-
“mo su erudición no es solamente variada sino honda, merece
“el título de sabio”.

Escogía siempre el camino recto y difícil. Habiendo goza-
do de la privanza de presidentes y jefes de partido, como Deo-
doro Fonseca, fundador de la República, como Alfonso Pena
y Piñeiro Machado, rechazó todos los ofrecimientos o insinua-
ciones para llegar al poder. En la vida de Ruy Barbosa predo-
minan las renunciaciones sobre las designaciones. Nueve veces pre-
senta su renuncia en el breve período de un año y medio en
que forma parte del primer gabinete republicano. Su desinterés
y su moral son tan elevados que nos recuerda a San Martín,
en su despego del poder. Tres veces tuvo al alcance de su
mano la presidencia de la Nación y las tres veces optó por sus
principios. No quiso lograrla por imposición de los círculos áu-
licos, y pocos días después de haber rechazado las candidatu-
ras que le ofrecían los gobernantes, seguros del éxito, merced
a la máquina electoral en funciones, permitía que su nombre
se lanzara desde las filas de la oposición para tener el honor
de luchar desde abajo y conociendo de antemano su derrota.
“A veces se lucha también para perder”, dijo en cierta oca-
sión, comentando su propio quijotismo. Pierde, pero gana en
popularidad, en prestigio. Las masas ciudadanas corrían pre-
surosas para escucharlo y eran arrebatadas por el fuego de
su elocuencia y las frases lapidarias que arrojaba contra los
detentores del poder. Antes de iniciar su última campaña, un
político avezado, Macedo Soares, pronostica que Ruy Barbosa,

de ser candidato, no obtendría ni el tres por ciento de los sufragios. Ruy lo sabe y le da la respuesta. Sin partido organizado, con setenta años sobre sus hombros, rodeado de un grupo de jóvenes y de algunos políticos idealistas, se lanza a la lucha y en una breve campaña obtiene mayoría en todas las capitales de los Estados, perdiendo sólo en Manaus y Paraíba. Así era Ruy Barbosa.

Para aquilatar su contextura moral ningún mejor ejemplo que sus valientes arremetidas forenses contra las dictaduras, al interponer recurso de habeas corpus en favor de los perseguidos, no importándole que fuesen éstos sus adversarios del día anterior, que fuesen republicanos o monárquicos, encumbrados personajes o pobres marineros y soldados. La primera vez que lo intenta no tiene éxito judicial, pero asombra a la Nación por su temerario valor moral, dejando sembrada la semilla de la legalidad, que en adelante debían cultivar siempre los jueces brasileños.

Proclamada la República, a cuyo nacimiento había asistido Ruy Barbosa, proyectando su Constitución y organizando sus finanzas como ministro de Hacienda, al retirarse del poder Deodoro Fonseca se desencadena la dictadura de Floriano Peixoto, el mariscal de hierro, como lo denominaron sus contemporáneos. Decretado el estado de sitio, senadores, diputados, generales y almirantes, todos los que se oponían al omnímodo poder del mariscal, llenan las cárceles. Antes de terminar el plazo de la suspensión de las garantías constitucionales, estos presos son confinados en lejanos e insalubres parajes. Se plantea el caso jurídico de establecer si esas prisiones podían subsistir después de haber cesado el estado de sitio. "El mundo político y parlamentario estaba en pánico —ha dicho el historiador José María Dos Santos—. Pero en aquel momento fué Ruy Barbosa el único hombre que no tuvo miedo". "Con bravura sin par —agrega Viana Filho— ostentando sólo sus insignias de abogado, interpone recurso de habeas corpus en favor de los desterrados, muchos de ellos encarnizados adversarios suyos. "No le interesaban las personas. Su único objetivo era la ley".

“Cuando las leyes cesan de proteger a nuestros adversarios — dirá más tarde, en otra ocasión similar— virtualmente han cesado de protegernos a nosotros”.

Al enterarse Peixoto del recurso interpuesto comenta, con fingido disgusto: “Esta noticia me contraría sobremanera, pues no se quien dará mañana habeas corpus a los miembros del Supremo Tribunal”. Bajo esta amenaza, nueva espada de Damocles, resulta vano el brillante alegato de Ruy. Los jueces doblan la cerviz y la balanza se inclina hacia el platillo de la espada. Un solo miembro del Tribunal se atreve a disentir. Terminada la sesión, no encontrando palabras para agradecer la actitud de esa honrada conciencia, Ruy besa la mano del juez incorruptible. No era, por cierto, un simple acto de cortesía... Era el más delicado y significativo homenaje a la ley y al magistrado que supo defenderla, a la vez que salpicaba el rostro de los jueces que se habían sometido ante las amenazas de un Dictador.

Gobernaba el Brasil, a principios del siglo, Hermes da Fonseca, su adversario de la última campaña presidencial. Ruy Barbosa, ya muy anciano, enfermo, desilusionado, resuelve retirarse de la vida política. Ha presentado la renuncia de su banca de senador por Bahía. Es una especie de testamento político. “Dios tenga misericordia de nuestra patria, que es la de nuestros hijos” — ha dicho. Pero ocurre una revuelta de marineros. Se desencadena una brutal represión. Los rebeldes son castigados severamente, reproduciéndose escenas que Ruy compara con las del drama dantesco. Un barco lleva a los presos para el Amazonas. No pocos son fusilados en el trayecto. Se trata ahora de pobres, míseros marineros. Ruy retira su renuncia. Vuelve al Senado. Con energía sin igual exige el castigo de los torturadores. Lléganle cartas anónimas, amenazándolo de muerte. No se inmuta. Nada lo detiene. Conmueve a la opinión pública y el gobierno se ve forzado a levantar una investigación. Desde ese momento el gobierno de Hermes da Fonseca no tiene opositor más severo y tenaz. Estaba escrito que Ruy Barbosa jamás tendría descanso.

Acabamos de diseñar su contextura moral. Tomemos altura para decir, en poco espacio, lo que fué Ruy Barbosa para el Brasil y para América. Volvamos nuevamente a Estanislao Zeballos, cuyas palabras tienen la autoridad de un testigo vigilante, que lo siguiera de cerca en su actuación de publicista, político y diplomático. “Ruy Barbosa —nos dice— adquirió “una extensa popularidad en San Pablo; de tal suerte que, “nacido a la vida intelectual durante el ciclo de los estadistas “bahianos, ha culminado su vida cívica con el respeto y el prestigio de la era paulista. Las dos épocas y las dos influencias regionales del Brasil, de apariencias antagónicas, se funden en “el espíritu de este estadista, como una verdadera encarnación de “solidaridad nacional que lo consagra como uno de sus más ilustres exponentes. . . . A la actitud principista de Ruy Barbosa “debe el Brasil el nobilísimo progreso político que acaba de “realizar. Ha obrado como las grandes fuerzas cósmicas, que “si no crean, conservan; como la resistencia que las montañas “oponen a las olas, que si no impiden el avance del mar, impiden que inunden las tierras fértiles vecinas.”

Ruy Barbosa había nacido en Bahía. Coterráneo y camarada en la Academia Paulista de Castro Alves, el imberbe poeta que en estrofas inflamadas bregaba por la libertad de los esclavos, presto se convierte en campeón del movimiento. Cuando Rodolfo Dantas presenta un proyecto de emancipación de los sexagenarios, como primer paso o tanteo hacia la emancipación total, Ruy Barbosa escribe: “La esclavitud es el oprobio de América. Nuestra patria siente el rubor de ese oprobio y no quiere merecerlo”.

Predica también con el ejemplo. Su padre, el austero e inabordable Joao Barbosa, le había legado, por toda fortuna, sus muchas deudas y algunos domésticos esclavos. Ruy acepta la herencia sin beneficio de inventario y durante largos años paga, centavo sobre centavo, esas deudas más sus intereses, demorando su casamiento a causa de su extrema pobreza. No tarda en otorgar la libertad a esos pobres seres, de quienes había

sido su abogado ante sus padres, cuando siendo niño los sabía amenazados de algún castigo.

Cuando el Emperador hace causa común con los conservadores, disuelve el Congreso y entrega el gobierno al duque de Caxías, los liberales descontentos fundan en San Pablo el Club de la Reforma. Ahí Ruy Barbosa, a los 18 años, se inicia en la vida política, que no abandonará más, y pronuncia su primer gran discurso en el homenaje que se rinde a José Bonifacio, el incorruptible diputado y la figura de mayor relieve de su tiempo, que como profesor de derecho y legislador protestara contra las extralimitaciones de la Corona. Muchos de sus camaradas de la Academia paulista ingresan en las filas republicanas. Ruy Barbosa, contra todas las esperanzas, se mantiene dentro del partido monárquico liberal. “Como hoja “arrojada a la corriente —dice uno de sus biógrafos— no tenía “rumbo cierto, aunque frecuentemente participaba en asambleas liberales y abolicionistas, atacando a Pedro II con ásperas expresiones.”

Actuando entre los liberales, bajo el Imperio, propicia la reforma electoral, brega por la abolición de la esclavitud y plantea más tarde la adopción del régimen federalista. La forma de gobierno le es indiferente. “La monarquía y la república —dice— son los medios, la libertad es el fin”.

Pero rechazada la Federación dentro de su partido, Ruy camina, casi sin advertirlo, hacia la República. Se aparta de su viejo jefe y protector, el consejero Manuel Dantas, y rehusa una cartera ministerial que le ofrece Ouro Preto, en el último gabinete de la monarquía. Recuerda entonces una frase de Macaulay: “Quien desea que su opinión siempre triunfe debe “vivir aislado, así como quien pretende marchar siempre en “línea recta debe caminar por campos completamente yermos.”

Ruy, ya en franca oposición, es redactor asiduo de un diario republicano.

La República no surge de un movimiento esencialmente popular. La provoca un conflicto militar; cierto descontento de algunos altos oficiales del ejército. Dice Pedro Calmón: “La

“República fué una inmensa sorpresa. El pueblo no la esperaba y lo mismo le ocurrió al partido republicano, que sólo conoció la buena nueva cuando el régimen estuvo constituido, en medio de la aparatosidad del desfile militar, bajo el sol del quince de noviembre, en las calles abarrotadas de gente atraídas por el espectáculo de la formación de los regiminetos”.

En el gobierno que se constituye apresuradamente, aparece Ruy Barbosa como ministro de Finanzas. El jurista debe improvisarse una vez más. La política del “encilhamento” se inicia con Ruy; los negocios se multiplican, la especulación cunde y por un momento se cree llegada una época de prosperidad inaudita. Más tarde el sistema será desnaturalizado por sus sucesores. Autor de la Constitución, que aprueba la Asamblea, su extraordinaria capacidad de trabajo le permite elevar una memoria sobre su gestión financiera, cuyos capítulos, se ha dicho, representan verdaderas acabadas monografías. Demuestra estar al día en la legislación y doctrinas financieras preponderantes en las naciones más progresistas, conociendo en sus minucias las últimas reformas intentadas en Italia y Estados Unidos.

El leader del federalismo tiene que enfrentarse ahora, en la Asamblea, con los ultrafederalistas, que pretenden sacrificar casi todas las rentas de la Nación en beneficio de los Estados. Como el mismo lo declarara en una de sus conferencias de Buenos Aires, no le preocupaba el haber sido alternativamente radical y conservador. “Porque en esencia —decía— no soy un hombre de partido sino un amigo de la libertad... El radicalismo lleva a la subversión cuando anticipa reformas precoces. Cuando cierra las puertas a reformas urgentes, igualmente subversiva se vuelve la exageración conservadora. Pero entendiéndose los dos principios como ambos deben entenderse, cada cual en su hora, tienen un papel legítimo en la conservación de la sociedad; uno atemperando las demasías radicales; el otro combatiendo las intransigencias conservadoras... El mal no está ni en una ni en otra tendencia, sino en los reaccionarios que en una y otra existen. Exagerado

“hasta la oposición, el sistema conservador revoluciona resistiendo y el sistema radical revoluciona precipitando.”

En 1901, el Senado encomienda a Ruy un último examen de la redacción del Código Civil, que venía a la Cámara revisado ya por su antiguo maestro del gimnasio bahiano, por Carneiro Ribeiro, una de las más altas autoridades del país en materia de lenguaje. Ruy se dedica al asunto como sólo él sabía hacerlo, y en marzo de 1902, con sorpresa general, pues se suponía que el proyecto era susceptible apenas de algunos retoques, presenta su *Parecer*, conteniendo más de mil enmiendas al texto revisado ya por Carneiro. Ello da origen a una de las más apasionantes polémicas promovidas en el Brasil, en la que se miden el antiguo maestro y su discípulo. “El país queda “maravillado. Habitado —dice Viana Filho— a admirar al “jurista, aplaudir al orador y entusiasmarse con el periodista, “se consternaba ante ese aspecto inédito de aquella inteligencia privilegiada, cuyos conocimientos del lenguaje eran ignorados. Aquellos temas áridos de filología, manejados por la “pluma del escritor, tornábanse atrayentes para las clases más “o menos cultas y fueron bien pocos los que no lo acompañaron en la contienda con interés.”

Hemos ido dejando, de exprofeso, para el final, los grandes actos del drama de esta vida: la conferencia de La Haya, el jubileo y la embajada a Buenos Aires.

Río Branco escoge a Ruy Barbosa para que represente al Brasil en la primera conferencia internacional de la paz en que participara la América Latina. No había envidias ni emulaciones entre estos dos grandes hombres cuando se trataba de servir al Brasil y a la humanidad.

El pequeño y magro Ruy Barbosa, desconocido en el viejo continente, va a medirse con los representantes de las grandes potencias. Ahí estará Federico de Martens, célebre tratadista, como representante de Rusia; estará también, el gigantesco barón Marshall von Bieberstein, de Alemania; León Bourgeois y D'Estournelles, de Francia; Sir Edward Fry, de Inglaterra; Mr. Choate y Mr. Brown Scott, de los Estados Unidos; Fusi-

nato, de Italia; Drago, Becú y Sáenz Peña representarán a la Argentina.

Los principios fueron penosos para el delegado brasileño, pese a que Río Branco lo había munido de todas las armas; desde un crédito ilimitado y un regio alojamiento, superior al de las grandes potencias, hasta una información minuciosa de las tendencias, capacidad y particularidades de cada uno de los delegados.

Las constantes intervenciones de Ruy Barbosa en las sesiones son consideradas molestas por sus ilustres colegas. “Aborrecían —refiere Viana— los discursos de este diminuto embajador de un país remoto, que no se sabía bien donde estaba situado. Se lo calificaba de enorme estorbo. Cuando Ruy empezaba a hablar, lo que hacía en un perfecto francés, parecía haber sonado la hora del recreo en un colegio. Las conversaciones se generalizaban y nadie lo escuchaba. Un buen día, en que Ruy acababa de leer un discurso sobre presas marítimas, el orgulloso Martens, que presidía la sesión y lo oía de mal grado, declara en tono de censura: “El memorial del señor embajador del Brasil constará en los procesos verbales de nuestras sesiones, pero debo observarle que la política no es de la incumbencia de la conferencia”. La asamblea aplaudió. Había que hacer callar al locuaz sudamericano”.

He aquí como relata Viana la escena que le sucede: “Llegaba para Ruy el momento decisivo. Instintivamente se puso de pie. Pálido, con visible emoción, pidió la palabra. Las aguas, ha mucho tiempo represadas, iban a romper el dique. “La fuerza, el coraje —dirá algún tiempo después— con una resolución que me venía de no sé donde, me hizo poner de pie y me ví con la palabra en los labios. Con vehemencia se arroja sobre Martens. Las conversaciones se detienen y los asistentes empiezan a escucharlo”. Definía, en su discurso, lo que debía entenderse por política, en el exacto y noble concepto de la misma. Rodrigo Octavio, uno de los secretarios de la embajada brasileña, describe así la escena: “Martens, al lado de Ruy, mantenía la cara ceñuda y mostraba, desde el prin-

“cipio, manifiesta nerviosidad. Y Ruy, pequeño, humilde, con voz apagada, que después se eleva y se torna clara, comienza a decir un discurso que fué, por cierto, la pieza oratoria más notable que la conferencia escuchara y que le proporcionó el mejor brillo intelectual. Era extraordinario que hablando de improviso en francés, se expresara con tanta facilidad.”

Desde ese día, el embajador brasileño pasa a ser una de las figuras más respetadas de la Conferencia. Martens cierra la sesión sin aludir al incidente, pero se le acerca horas más tarde, en una ceremonia de la Corte, y le da sus explicaciones. Se trataba, dícele, de un simple mal entendido.

Muchas prevenciones han desaparecido; pero llega el momento de organizar el Tribunal Permanente de Arbitraje. Los representantes de las grandes potencias están de acuerdo: ellas seguirán gobernando el mundo. Entonces Ruy Barbosa despliega la bandera de la igualdad jurídica de los Estados. La teoría causa estupor. ¡Cómo podría tolerarse que las grandes potencias, ahí presentes, fuesen equiparadas a El Salvador o Haití, por ejemplo! La prensa de Nueva York y de las grandes capitales se muestra indignada. “The Times” dice que la América del Sud “podrá enorgullecerse de tener juristas como el señor Barbosa, orador de palabra fácil y elocuente, pero pedir una representación permanente en el Tribunal de Arbitraje es exagerar. El celo que el señor Barbosa ha despertado en los delegados sudamericanos es infundado, pues provienen éstos de países cuyos tribunales muchas veces se han mostrado incapaces de garantizar justicia a los extranjeros”. Se achaca a Ruy Barbosa de ser el perturbador de la Conferencia.

La teoría de la igualdad jurídica de los Estados es expuesta brillantemente. “Los Estados —dice— tan diversos por su extensión, riqueza y fuerza, tienen entre sí un punto de contacto para medirse moralmente. Es su soberanía nacional. Sobre este punto la igualdad jurídica se asienta de un modo indudable. En la fuerza de un derecho igual para todos, e igualmente inviolable, indiscutible, inalienable, cada Estado, grande o pequeño, se siente señor de sí mismo y tan seguro

“en las relaciones con los demás, como un ciudadano libre entre las paredes de su casa. La soberanía es la grande muralla de la patria. En ella se funda todo el sistema de su defensa jurídica en la esfera del derecho de gentes”.

Cuando Ruy Barbosa llega a Buenos Aires, en 1916, como embajador extraordinario del Brasil a los festejos del centenario de la Independencia Argentina, pronuncia su famosa conferencia en la Facultad de Derecho, en la que tiene ocasión de comentar su memorable actuación de La Haya. Refiriéndose a los pretendidos Estados grandes y pequeños dice: “Cuando se habla hoy de Estados pequeños, éstos son los no inscriptos en el rol de las grandes potencias, esto es, todos los Estados más débiles, los menos armados... No importa que los pequeños Estados hayan sido, tal vez (el concepto es de Bryce) los más poderosos y útiles factores en el adelanto de la civilización. No importa que a esos pequeños Estados deba el mundo mucho más que a las monarquías militantes; desde Luis XIV hasta hoy. No importa que Gran Bretaña fuese, dada su población, un pequeño Estado cuando produjo a Shakespeare, Bacon y Milton, como un pequeño Estado eran los Estados Unidos cuando produjeron a Washington y Franklin, Jefferson y Marshall. No importa que en uno de esos pequeños Estados se elaborara el derecho común anglosajón y en el otro la carta de la unión americana. No importa que en pequeños Estados hayan venido a luz el *Antiguo Testamento*, los *Poemas Homéricos*, la *Divina Comedia* y el *Renacimiento italiano*. No importa que la Alemania de Kant y Lessing, de Goethe y Schiller no fuese más que un grupo de principados y ciudades libres. No importa que a pequeños Estados, como el de Atenas, el de Florencia, el de Weimar, esté ligada la humanidad por deudas inestimables. No importa que pequeños Estados hayan dado a la tierra especáculos y lecciones de inconmensurable grandeza moral, como el de la emancipación helvética, hace seiscientos años, y el de la lucha de las Provincias Unidas de los Países Bajos contra el coloso de la monarquía española.”

No seguiremos al conferenciante en éste, su vuelo de águila, pero reproduciremos si un episodio histórico, que trae a colación para demostrar cual era la doctrina en que se habían colocado sus adversarios. "Cuatrocientos diez y seis años antes "de Cristo, narra Tucídides que Atenas, debatiendo con el "pueblo de la pequeña isla de Melos el dilema de sujeción o "exterminio que le imponía, cortó la cuestión, diciendo: "Bien "sabéis, como nosotros, que en el orden del mundo, *sólo se "habla de derecho entre iguales en fuerza.* Entre fuertes y flacos "cos los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo "que deben."

En un aspecto debemos disentir, no obstante, con la actuación de Ruy Barbosa en la Conferencia. El Brasil no aceptaba en todos sus alcances la doctrina Drago, que rechaza el cobro compulsivo de las deudas de los Estados. Debemos decir que tampoco nos acompañaban, en la emergencia, la mayoría de los Estados latino-americanos, presumiblemente favorecidos por la doctrina argentina.

"Era una idea simpática —dice Viana— que Ruy y Rio Branco tenían la voluntad de apoyar, pero Estados Unidos era "contrario y el presidente Alfonso Pena de ningún modo deseaba "seaba disgustar a sus amigos de Washington". Era la época de Teodoro Roosevelt, de los controles aduaneros e intervenciones militares en las pequeñas repúblicas de Centro América; era la época de la enmienda Platt en la Constitución de Cuba; era la época del auge del imperialismo yanqui; estaba aún fresco el recuerdo de la anexión de Texas, California y Nuevo Méjico; era reciente la segregación de Panamá, dirigida y apoyada desde la Casa Blanca. Estados Unidos, pese a la doctrina Monroe, trataba de potencia a potencia con las grandes naciones de Europa, prescindiendo de sus hermanas de América. Aún no habían surgido la doctrina de la buena vecindad, que pondría en práctica el segundo Roosevelt, ni los famosos catorce puntos que Wilson proclamaría quijotesicamente en la Asamblea de Versalles. Ruy Barbosa, contrariando sus íntimos sentimientos, tuvo que pronunciar un hábil discurso

justificando su voto, que no fué tampoco en favor de la enmienda del norteamericano Porter. El Brasil no deseaba asustar a sus acreedores. La prensa argentina, en general, se mostró molesta por esta actitud, pero "La Nación", el diario donde pontificaba Drago, dijo que fué un notable discurso. Debemos justificar a Ruy Barbosa recordando que los diplomáticos tienen una muy relativa libertad doctrinaria y que sus opiniones deben ser siempre, cuando desempeñan una misión, fiel reflejo de las que les recomiendan sustentar los gobiernos que representan.

Cuando Honorio Pueyrredón produce el gesto de Ginebra, retirándose de la Asamblea de la Liga de las Naciones. la fama se lo acredita en su cuenta, pero la gloria es de Hipólito Irigoyen, que se lo ordena desde Buenos Aires. Muchos argentinos ignoran que otro delegado nuestro, Marcelo T. de Alvear, se retiró también de la Asamblea, silencioso, pero a disgusto con el gobierno de su patria, pues no había comprendido los alcances y repercusión de la actitud argentina en dicha emergencia.

Ruy Barbosa al exponer las objeciones del Brasil a la doctrina Drago no deja de hacer justicia a la actitud argentina. Expresa que en el Brasil nadie puso en duda la generosidad de motivos que inspiraron a la Cancillería Argentina. "La intervención de tres potencias en Venezuela —dice— no obtuvo entre nosotros aprobación alguna. Apreciábamos la altivez con que nuestros vecinos defendían los intereses y la independencia de los países débiles contra los excesos de la fuerza. Realmente nuestros amigos del Plata no tenían interés en el buen éxito de su doctrina, cuya celebridad actual se vincula al nombre de uno de nuestros más estimados colegas, el señor Drago, tan distinguido en las letras como en la política. Es un pueblo, cuya honorabilidad está reconocida, que siempre ha sabido mantener su crédito, y cuyo progreso, tan notable por su rapidez como por su lustre, la asegura al par de un grandioso futuro, una posición financiera inaccesible a los riesgos de la insolvencia. No era, pues, sino por un ge-

“neroso movimiento de fraternidad americana, de solidaridad para con los Estados de la misma raza, menos seguros de su posición financiera, que el gobierno de Buenos Aires tomaba la iniciativa de su elocuente protesta.”

La enmienda Porter, que fué aprobada, hacía diferencia entre deuda pública y deuda contractual; la primera la contrae el Estado en su calidad de soberano; la segunda en su carácter de persona jurídica. En los casos de deudas contractuales que no se pagan, el gobierno deudor deberá someter la cuestión al arbitraje y sólo podrá haber empleo de la fuerza cuando el deudor no lo acepta o no cumple la sentencia arbitral. De cualquier modo, la enmienda Porter significaba un progreso evidente sobre el procedimiento usado por Alemania, Inglaterra e Italia en Venezuela y aún por los Estados Unidos en las pequeñas Repúblicas de Centro América. La doctrina argentina no cayó, por tanto, en terreno estéril. Hoy ya nadie piensa en acciones bélicas punitivas contra los Estados que no pagan. Así lo advierte Gaston Jéze, diciendo que “acontecimientos posteriores a la guerra de 1914 han demostrado que en adelante el recurso de la fuerza militar para el cobro de las deudas de un Estado queda condenado solemnemente.”

La conferencia de La Haya había fracasado en lo fundamental por la intransigencia de las grandes potencias, pero el regreso de Ruy Barbosa fué una apoteosis. A su paso por París es agasajado por la colonia brasileña, que le obsequia un bronce en el que aparece la Gloria coronando al Genio. Las universidades del viejo y nuevo mundo le formulan invitaciones para escucharlo. Al llegar a Río de Janeiro, una inmensa muchedumbre cubre los malecones del puerto. Río Branco lo abraza y el Presidente de la República lo espera en la escalinata del Palacio de Catete.

Vienen después nuevas luchas, nuevos triunfos y también algunos fracasos.

El pequeño grande-hombre, que empezara suscitando irónicas sonrisas en la famosa Conferencia, y que en los primeros días hablaba sólo para los taquígrafos, revelada ya su enorme

estatura moral e intelectual, es quien obtiene el mayor número de sufragios entre todos los internacionalistas del mundo cuando se trata de constituir la Corte Permanente de Justicia Internacional, creada por la Liga de las Naciones. Obtiene 38 votos sobre 42 votantes; le sigue André Weiss, de la Universidad de París, con 30 votos.

Se le confía la representación del Brasil en los festejos del centenario de la Independencia Argentina. ¿Cómo desempeña Ruy Barbosa su misión? No podía esperarse de su genio una simple representación con entorchados y la ineludible asistencia a recepciones y saraos. No podía ser.

Pronuncia en Buenos Aires tres famosas conferencias. Una en el Instituto Popular de Conferencias, donde es presentado por Zeballos; otra en el Senado de la Nación, que lo recibe en su seno, y donde es saludado por Joaquín V. González; la tercera en la Facultad de Derecho, que le otorga el título de doctor "honoris causa". Esta última dura más de tres horas; relata su vida, sus luchas en el Brasil, su intervención en La Haya y se pronuncia en contra de una neutralidad cómplice en la contienda europea, que en ese momento se encuentra en su período álgido.

Se creía que el Brasil, tan cuidadoso de su representación diplomática, seguiría utilizando los servicios de Ruy Barbosa. Llega el día de Versalles. Su designación era algo que todo el mundo aceptaba como un hecho consumado. Pero ya había muerto Río Branco y una hábil intriga política lo desplaza. El hombre que se había medido con Martens bien pudo codearse con Wilson, con Clemenceau y con Lloyd George.

Como una compensación, todo el Brasil festeja el jubileo de su iniciación política y literaria, recordando aquel discurso que en 1868 pronunciara en homenaje a José Bonifacio. Tres días duran los festejos, que culminan con una imponente manifestación popular. Millares y millares de sombreros y pañuelos se agitaban mientras cien mil bocas victoreaban al prócer. Era la gloria, eran sus contemporáneos que se anticipaban a la posteridad justiciera.

Aquel joven endeble y enfermizo, a quien los médicos habían pronosticado pocos años de vida, llega a la ancianidad poseído de una energía, de un fuego desconocido, que a los setenta años le permite aún realizar su segunda campaña presidencial recorriendo el país y pronunciando enardecidas arengas.

Ruy Barbosa, magro, con un cuerpo pequeño, que parecía inverosímil pudiese sustentar tamaña cabeza, se convertía en un titán cuando se erguía en la tribuna. Las palabras, las frases, las metáforas, surgían de sus labios como un Amazonas que se arrojaba espumoso y remolineante sobre el océano de las multitudes.

Para describirlo en la integridad de su genio y aptitudes recurriremos de nuevo a Enrique Loudet, diplomático argentino y fervoroso admirador del prócer. “De este hombre “extraordinario —expresa— ya no se tiene qué decir. Apóstol, “predestinado, titán de la elocuencia que maravilla, espanta, “atolondra y asombra; hombre privilegiado que rivaliza con “Elías, porque así como éste entró en el cielo arrebatado por “el fuego, él entró en la gloria arrebatado por la luz; sabio “entre los maestros, lapidario culminante del idioma; paladín “del Derecho, defensor de la Virtud, campeón de la Verdad, “guardián de la Justicia, leader de la Fe, simboliza la opulencia, la grandeza, la magnificencia de las selvas tropicales; “exponente máximo de la inteligencia de una nación, de un “continente, de una raza: Ruy Barbosa, es un rayo de sol sobre “bre la tierra”.

Pero digamos también nosotros nuestras palabras finales: Ruy Barbosa, al igual que nuestro Alberdi, encamina a su pueblo por la senda de la ley y le da el decálogo constitucional que debe regirlo; con el heroísmo cívico de Lincoln lucha por la dignificación humana propiciando la emancipación de los esclavos; purista del idioma, como Montalvo, empuña las herramientas demoledoras de la crítica, para ser a la vez un constructor, como Sarmiento, y un reformador, como Rivadavia. Orador de la escuela de Avellaneda, con el vuelo de Castelar y de Roldán, se enciende en santas iras, como Hugo, ante la vio-

lencia desorbitada de los déspotas. Desprecia los halagos del poder, como San Martín, y no teme a nada, ni a nadie, ni a la espada ni al ridículo, cuando están en juego su dignidad, su patria o sus ideas. Visionario y realizador, profeta y apóstol, se levanta entre su pueblo como un astro, señalando el derrotero a las nuevas generaciones que llegan agitadas, anhelosas de fe y esperanza. Espíritu guía, maestro y conductor, fué abriendo picadas de luz en la cerrazón de las conciencias. Genial y humano, volcó las cárdenas rosas de su corazón sobre las muchedumbres que avanzaban doloridas, clamando justicia. Con ímpetu prometeico arrebató al cielo una tea y la plantó sobre la conciencia de América para que como un faro la ilumine en su marcha hacia la plena realización de su Destino y para que construya, entre el fragor de un mundo que se derrumba, una nueva humanidad, en la que el hombre, libre ya de las innobles ataduras de la Bestia, se encuentre por fin a sí mismo, es decir, *encuentre, por fin, a Dios en su camino!*

ALCIDES GRECA